"ciones no podían menos de producir mezclas en los idiomas, y la lengua ará-
"biga se inoculó en la que hoy se habla en Castilla. Siguiendo la misma mar-
"cha que la nación, el idioma se fué formando como ella, sobre los fragmentos
"incoherentes y dispersos arrancados á anteriores dominaciones, que unidos con
"el tiempo habían de constituir una nación y una lengua propia, abundante y
"rica." [Lafuente, *Historia general de España*].

ALEMANIA.

Conrado de Franconia [911-918].—A la muerte de Luis IV el *Niño* [911] último de los *carlovingios* que reinaron en Alemania [véase el *siglo* anterior], los magnates de ese país ofrecieron la corona á Otón el *Ilustre*, duque de Sajonia, pero como éste la rehusara nombraron á Conrado, duque de Franconia, que hubo de sostener reñidas luchas con los húngaros y con Enrique, hijo y sucesor de Otón el *Ilustre*. Conrado murió en los últimos días de 918, y antes de espirar recomendó á los grandes que eligiesen en su lugar á su mismo competidor Enrique, duque de Sajonia.

Casa de Sajonia; Enrique I° el *Pajarero* [919-936].—Fué el primer rey de la casa de Sajonia; reconocido solemnemente como monarca de Alemania por Carlos el *Simple* de Francia, éste, además, renunció á todos los derechos que pudieran tener los *carlovingios* sobre el trono de los francos orientales. Enrique en su calidad de rey de Alemania fué el jefe de una confederación de ducados, la cual se aumentó con el de Lorena [928], y poco después con el de Bohemia. Fundó y fortificó muchas ciudades para resistir mejor las invasiones de enemigos exteriores, y reprimió con vigor las incursiones de húngaros, eslavos y daneses.

El reino de Alemania, con su carácter eminentemente nacional, puede decirse que fué fundado por Enrique I°, quien fortaleció y completó los cimientos todavía inseguros del nuevo organismo político; y desde entonces la Alemania se consideró enteramente separada de los francos. En el primer tercio del siglo 10° esa gran región se hallaba dividida en las siguientes principales comarcas ó estados: *Sajonia*, con el país de los *frisones*, entre el Elba y el Rhin; *Franconia* bañada por el Rhin y el Mein; *Suabia* con el país de los grisones y Helvecia; *Baviera* que comprendía Baviera actual, el Tirol, Carintia y Carniola; *Turingia* con el Hesse electoral *Bohemia* al Oriente, y *Lorena* al Occidente, fueron unidas á Alemania en tiempo de Enrique I° como hemos dicho más arriba. Los cuatro duques más poderosos en esa época eran los de Sajonia, Fraconia, Suabia y Baviera. A partir de Otón el *Grande* los monarcas de Alemania llevaron el título de *emperadores*.

Otón I° el Grande (936-973).—Hijo y sucesor de Enrique I° y más notable que éste, se distinguió en su largo reinado por una política hábil y enérgica en virtud de la cual centralizó en sus manos la suprema autoridad y pudo dominar á los revoltosos duques alemanes. Protegió con todas sus fuerzas el engrandecimiento de la Iglesia en sus dominios, á fin de contrastar por medio del clero á los vasallos laicos: á su sombra y amparo convirtiéronse los obispos en poderosos señores feudales; las manufacturas, la industria y comercio alcanzaron grande importancia en los obispados, y Otón apoyó su poder sobre los bienes y elementos de fuerza de la Iglesia.

Ese gran monarca, que es el personaje histórico más eminente en el siglo 10°, reprimió las rebeliones de los duques de Lorena y de Bohemia, extendió sus Estados hasta la *marca* de Schleswig por el lado del Norte, y destrozó de tal modo á los húngaros en la batalla de Ausburgo, que estos terribles invasores no volvieron á pisar más el suelo de Alemania. Llamado á Italia por el papa Juan XII, á quienes amenazaba Berengario, usurpador del trono de aquel país, Otón pasó los Alpes con grande ejército, y se hizo coronar rey de Italia, habiéndose casado algunos años antes con Adelaida, viuda de Lotario II, que fué monarca de esta última nación. Juan XII lo coronó emperador en 962, y dos años después, un concilio convocado por León VIII decretaba que Otón I° y sus sucesores tendrían la facultad de *elegir y ordenar* á los sucesivos pontífices de la Sede Apostólica Romana, así como á los arzobispos y obispos de los Estados alemanes, *salvo el derecho que se reservaba á los electos de obtener de la Santa Sede la investidura y la consagración*. Estas concesiones sometían el episcopado y el papado á la autoridad de Otón y de sus sucesores en el trono imperial, y fueron el punto de partida de las porfiadas luchas que más tarde se empeñaron entre la Roma papal y los emperadores de Alemania.

Otón II (973-983).—El emperador Otón I° el *Grande* cuidó, algunos años antes de su muerte, de que su hijo fuese elegido por los magnates rey de Alemania y de Italia, y de que el papa le coronase emperador. Otón II comenzó á reinar á los diez y nueve años de edad (973), y su reinado fué fecundo en intestinas discordias. Avanzó hasta cerca de París para obligar al rey de Francia á renunciar á la Lorena, y deseoso de apoderarse del extremo Sur de Italia á que creía tener derecho como dote de su esposa la griega Teofanía, pasó los Alpes y derrotó en varios encuentros á los musulmanes que eran dueños de la Calabria. A su vez fué desbaratado en Besentello, y cuando al año siguiente volvió á Italia para proseguir la guerra (983) falleció en Roma antes de cumplir treinta años de edad.

Otón III (983-1002).—Primero bajo la prudente administración de la ilustre Teofanía, y después de muerta ésta gobernado por un consejo de regencia, marchó el imperio de Alemania durante la menoridad de Otón III, quien comenzó á reinar por sí mismo en 995. Fué aquella una época de gran confusión para el imperio, pues el joven monarca, imbuido desde su niñez en las más severas doctrinas religiosas y en un sentimiento intenso de su poder y de sus derechos regios, se empeñó en la obra de concentrar en sus manos una verdadera autocracia, en virtud de la cual ejercería una soberanía universal, en el orden espiritual y el temporal. Estas tendencia del tercero de los Otones destruyeron la obra sagaz de su progenitor Otón el *Grande*, y suscitaron resistencias y disturbios. Tres veces, durante su breve reinado, atrevesó aquel monarca los Alpes y descendió á las tierras de Italia entrando en Roma como libertador y soberano. Castigó con la muerte al turbulento conde Crescencio é hizo sentar en el solio pontificio, sucesivamente, á dos hechuras suyas, Gregorio V y Silvestre II. El joven Otón murió en Italia el año 1002, sucediéndole su próximo pariente Enrique II, último monarca alemán de la casa de Sajonia.

ITALIA.

Situación general de Italia en el siglo 10.º—Entre todas las grandes porciones que formaron el antiguo imperio de Occidente, ninguna como Italia ofrece tanta confusión en el curso de la Edad media. Durante la primera mitad del siglo 10º aparece aquella nación dividida de este modo: la Baja Italia y Sicilia en poder de los bizantinos y los musulmanes aparte de algunos ducados independientes; los Estados de la Iglesia en el centro; y en la Alta Italia se hallaban las comarcas que constituían el movedizo é instable reino de Italia propiamente dicho, las repúblicas marítimas más poderosas, y un sin número de pequeños estados feudales que gobernaban régulos turbulentos y despóticos, con el título de condes ó barones.

En la segunda mitad de aquella centuria la soberanía de los emperadores de Alemania sobre el reino de Italia modificó un tanto la situación de la península, si bien fué siempre débil en ella el influjo de esa potencia extranjera. Respecto del papado, más adelante expondremos brevemente su marcha en el curso del siglo 10º.

Repúblicas marítimas; Venecia.—Algunas ciudades italianas como Amalfi, Pisa, Génova y Venecia habían consolidado en medio de tanto desorden un gobierno popular, y engrandecido su comercio y bienestar á fuerza de actividad y perseverancia. Venecia, la más célebre entre todas, había nacido á mediados del siglo 5.°, fundada por los habitantes de aquella parte de Italia que huyendo de la invasión de los hunos se refugiaron en algunos islotes cercanos á las costas del Adriático. La navegación y el comercio, así como la posición especial de la ciudad que la apartaban de las facciones agitadoras de Italia, hicieron próspera á Venecia, la cual aparece desde fines del siglo 6.° con un gobierno establecido, siendo Pablo Anafesto [597] el primero de los *dogos ó duxes* vitalicios que gobernaron la república hasta 1797. A fines del siglo 10.º la Dalmacia pasó á poder de los venecianos.

Los comerciantes de Venecia establecían mercados en los puntos donde acudían por devoción los demás pueblos; vendían en las ciudades de Italia y de otras naciones de Europa las mercancías del Oriente, entre las que figuraban reliquias y esclavos, y llevaban los productos de esas naciones á las comarcas de Levante. Explotaban las salinas del litoral, ya cavándolas por su cuenta ó comprando sus productos, y cuando Venecia aumentó sus naves se halló soberana del Mediterráneo y árbitra del comercio que se hacía desde la remota Bagdad y las costas de Siria hasta los Países Bajos é Inglaterra.

RUSIA.

Wladimiro el *Santo* (980-1015).—Los sucesores inmediatos de Rurik son poco conocidos, y las manifestaciones del pueblo ruso sólo se revelan, durante muchos años, en las crónicas bizantinas que refieren los continuos ataques dirigidos por aquella nación al imperio de Oriente. En 980 Wladimiro, después de asesinar á uno de sus hermanos, reunió bajo su cetro á todos los rusos y preparó una expedición contra Constantinopla, la cual fué conjurada por el emperador Basilio entregando su hermana Ana, en calidad de esposa al príncipe Wladimiro. Este se convirtió al cristianismo, ordenó la destrucción de los ídolos adorados por los suyos, entre los que se contaba el del dios *Pirún* que recibía oblaciones de sangre humana, y difundió la nueva religión en todo su país, la cual

tenia ya prosélitos desde fines del siglo 9°. Wladimiro, considerado como santo por los rusos, murió en el año 1015.

HUNGRIA.

Incursiones de los húngaros en el siglo 10º.—El establecimiento de los húngaros en la antigua Panonia (véase el *siglo* anterior), fué la señal de sus devastadoras correrías en las tierras occidentales. Animados de un sentimiento de destrucción, de un salvajismo bestial, de una temeridad ciega y loca y de una perfidia rica en inventivas, lanzábanse los húngaros montados en sus raudos caballos sobre comarcas hasta entonces tranquilas, abandonándolas después de convertirlas en horribles páramos. Tan grande fué el espanto difundido por estos feroces pueblos que en el Occidente se adicionaron las letanías con la deprecación: *libradnos del furor de los húngaros.* Italia, Francia y Alemania padecieron las consecuencias de aquellas bárbaras incursiones en gran parte del siglo 10.°, en tanto que otras hordas de la misma nación asolaban el imperio bizantino. La península itálica fué devastada desde Milán hasta Tarento, y sólo las naves de Venecia opusieron una barrera inexpugnable; Francia gobernada por los postreron y degenerados *carlovingios* no pudo impedir que los bárbaros recorriesen su ancho territorio, desde el Mosa hasta los Pirineos; Alemania, por último, como más próxima á la Hungría, sufrió repetidas invasiones y fué cruelmente saqueada, hasta que la bravura de Otón el *Grande* la libertó de los espantables húngaros en la sangrienta batalla de Ausburgo (955).

Esteban Iº el Santo (997).—Ya en el último tercio del siglo 10° despojáronse de su antigua costumbre de saqueo y matanza y se dedicaron á cultivar las feraces tierras de la antigua Panonia. Entonces comenzó á difundirse el cristianismo entre los húngaros, y su caudillo ó príncipe Geissa recibió el bautismo de manos del misionero San Adalberto. Esteban, hijo de Geissa, sucedió á su padre en 997, fué agraciado por el papa Silvestre II con una corona y el título de *rey apostólico*, y recibió en calidad de esposa á una hermana del emperador Enrique II de Alemania. El primer rey de

Hungría obligó á todos sus súbditos á abrazar el cristianismo, y castigó severamente á los magnates que recurrieron á las armas antes que aceptar la nueva fé religiosa.

IMPERIO DE ORIENTE.

Monarcas bizantinos en el siglo 10º.—El largo reinado de Constantino VII *Porfirogéneto* [911-959] no fué fecundo en glorias ni reveses notables. Romano II [959-963] arrancó la isla de Creta [Candía] del poder de los musulmanes, y Nicéforo Focas [963-969], enérgico, valiente y severo renovó los más felices tiempos del imperio de Oriente con la reconquista de Chipre y de vastos territorios en el Asia Menor. Juan Zimisces [969-976], autor principal del asesinato de su antecesor Nicéforo, fué ilustre como capitán y durante los siete años de su reinado las armas bizantinas por él comandadas alcanzaron repetidas victorias sobre los rusos y los musulmanes. El largo y notable reinado de Basilio II [976-1028] corresponde mejor al siglo 11º.

LA IGLESIA.

El papado en el siglo 10º.—Formoso, pontífice romano que ciñó la tiara durante cinco años, murió en 896, y su cadáver fué exhumado y mutilado por su enemigo el papa Esteban VI, pero los que habían sido partidarios de Formoso vengaron tales violencias extrangulando á Esteban en 897. Estos horrores inauguraron la serie de crímenes y escándalos que ofrece el papado en todo el curso del siglo 10º Los señores feudales del centro de Italia comenzaron entonces á dominar sobre Roma y los papas, y por espacio de muchos años el solio pontificio fué ocupado por las hechuras de los marqueses de Toscana y los condes de Túsculo, y peor aún, por las criaturas de las celebérrimas Teodora y Marozia, emparentadas con aquellos poderosos nobles.

El pontífice Silvestre II (999-1003).—La intervención de los soberanos de Alemania en los asuntos de Italia, á partir de Otón Iº el *Grande*, aumentó la degradante confusión de la Iglesia, y esta fué una época fecunda en anti-papas y en horribles desórdenes. Al espirar la décima centuria subió al pontificado el monje *Gerberto* con el nombre de Silvestre II. La ilustración de este papa, superior á la de sus contemporáneos, y su afición al estudio de las ciencias naturales y de las matemáticas, motivaron que en aquella época ignorante y supersticiosa se le tuviera por hechicero, achacándole haber hecho pacto con el diablo á fin de llegar al pontificado.

JUICIO ACERCA DEL SIGLO 10º—LA APROXIMACION DEL AÑO 1000.

Marca el siglo 10º en el curso del tiempo la mitad de la Edad media, y tiene una importancia especial que debe precisarse. Cesan en él, con el establecimiento de los normandos en Francia y de los húngaros en la vieja Panonia, las invasiones que se abatieron sobre la Europa del centro y Occidente desde el siglo 5º; el vasto imperio creado por Carlomagno no existe ya; el islamismo ha decaído con rapidez proporcional á su violenta expansión; domina el feudalismo en el centro de Europa debilitando á las cristianas monarquías é impidiendo el desarrollo intelectual y político de los pueblos en que ha crecido como planta lozana; y la Iglesia, lejos de conservar su antiguo esplendor, ofrece en su centro directivo de Roma el deplorable espectáculo de una corrupción extrema, cabalmente cuando el sentimiento religioso—enérgico y vivaz en toda la Edad media—alienta más poderoso que nunca en los pueblos cristianos.

Sobre las ruinas del extinto imperio de Occidente se han alzado nuevas nacionalidades: los cuatro estados cristianos de la península ibérica, León, Navarra, Barcelona y Castilla; el ya unificado reino anglo-sajón; la Francia feudal, separada para siempre de los francos orientales; y las repúblicas marítimas de Italia, iniciadoras del fecundo movimiento de la navegación y del comercio. En el centro de Europa acaba de formarse el reino de Alemania con sus *emperadores*, cuyas son las tendencias de ceñir también la corona de Italia; al Oriente, el imperio bizantino se recobra de pasados reveses, gracias á los esfuerzos de algunos de sus soberanos desde Romano II hasta el gran Basilio; Bohemia, Hungría, Rusia y Polonia entran, aunque lentamente, en la senda de la civilización, y por último, en tierras asiáticas se revela la tenaz vitalidad de la nación persa, y desde el fondo del viejo continente se apercibe á grandes conquistas el pueblo turco, heredero del islamismo, que pasará á sus nuevos directores sin rejuvenecerse ni ensancharse más.

Siglo de hierro se llama en la historia al décimo después de Jesucristo, y también se dice de la *ignorancia*. El pleno vigor del feudalismo y la lucha de todos contra todos, á su sombra y por su índole misma sostenida, las devastadoras incursiones de normandos y húngaros, el eterno batallar entre musulmanes y españoles, y el principio de la prolongada contienda que van á empeñar pueblos y reyes contra los feudales, envuelven á la humanidad en una atmósfera de sangre; domina irresistible la fuerza, y por ende las costumbres, leyes, usos y relaciones sociales re-

flejan el sombrío carácter de aquella ley superior. Ahógase la cultura antigua de Occidente bajo el choque de las armas ó abandonada por sus antes celosísimos fomentadores, y cuando las luces parece que van á extinguirse en todo el mundo neo-latino, brillan con intenso fulgor en los califatos de Córdoba y Bagdad, como si la civilización, huyendo de los pueblos cristianos, se refugiase en los dos centros del ya minado mahometismo.

A esta retrogradación intelectual debió de concurrir la creencia difundida por muchos durante el último tercio del siglo 10º de que el mundo dejaría de existir el año 1000; creencia que se apoyaba principalmente en el capítulo XX del *Apocalipsis* ó *revelación* de San Juan, donde el solitario de Patmos anuncia en forma simbólica el juicio final cuando se cumplieran *mil* años del reinado de Cristo. Esta profecía tuvo fervorosos adeptos (*milenarios*) en los primeros siglos del cristianismo, y en el postrer tercio del décimo algunos comentadores del obscuro y emblemático libro del apóstol anunciaron la próxima aparición del *Anticristo* y el fin del mundo al sonar la última hora de esa misma centuria. Según algunos autores modernos, fué intenso el temor que abrumó á aquella generación crédula y supersticiosa al difundirse el pavoroso vaticinio, temor grandísimo que la impulsó en la peligrosa senda de la penitencia y de la vida extática, apartándola desconsolada de los asuntos de un mundo cuyos días estaban contados; otros, por lo contrario, apoyándose en las crónicas de aquella época remota que poco ó nada dicen acerca de la espantable predicción, niegan que el sobresalto por ella infundido se generalizase en todas las clases sociales, hasta el grado de que el mundo cristiano saludase jubiloso los albores del siglo onceno por haber escapado de la anunciada ruina universal.

———